

Pensamiento en resistencia

Ana María Martínez de la Escalera*

RESUMEN

El problema de la catachresis, de las expresiones que pierden su precisión referencial y comunicativa, es ampliamente conocido. Este impulso, sin embargo, no es natural, y debe ser integrado a nuestro esfuerzo colectivo para analizar el discurso. En este artículo se examina la palabra *feminismo* a través de sus usos por la academia y el activismo.

Palabras clave: *análisis del discurso, feminismo, crítica, resistencia.*

ABSTRACT

The problem of catachresis, of expressions losing their referential precision and communicative force, is widely known. This impulse, however, is not natural, and it must be integrated in our collective effort to analyze the experience of discourse. This article examines the word feminism through its use by academia and activism.

Key words: *discourse analysis, feminism, critical, resistance.*

Cada cierto periodo de tiempo el vocabulario de la vida cotidiana experimenta modificaciones diversas, tanto o más que el de las jergas técnicas en circulación a través de las comunidades de sabios y especialistas. Cualquier región de la experiencia puede apropiarse secretamente de signos y códigos y decidir no compartirlos con el resto de los humanos; reproduce así su singularidad y la actualiza poniéndola al día¹ del debate y practicando nuevos usos sobre viejos significantes. En su

* Profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y coordinadora de la línea de investigación "Alteridades de género, memoria y testimonio", en el Programa Universitario de Estudios de Género, de la propia UNAM. Correo electrónico: <ammel@unam.mx>.

¹ Sobre los significados críticos de esta expresión, véase Jacques Derrida, *El otro cabo. La democracia, para otro día*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1992.

Curso de lingüística general (1901), Ferdinand de Saussure se admiraba con razón del desmesurado número de significados que debían encajar en el reducido coto de significantes, y agregaba que algún día haríamos bien en extraer provechosas consecuencias de esta situación natural.² Estas transformaciones se deben en su mayoría al uso de la lengua, y a través de él a las fuerzas que entrando en juego durante el intercambio de palabras, gestos y silencios entre los hablantes proponen un nuevo *standard* comunicativo. Es preciso que las describamos como fuerzas de intromisión porque no son puramente lingüísticas; su naturaleza o talante es muy otro. Proceden de la economía, de la política y de la academia con sus mandatos o llamados a la irresistible uniformización global de la escritura de *papers*, a la claridad o la conveniencia de adoptar una terminología *mainstream*. Una activista china (Marcos y Waller, 2008: 57-98, 99-136) se quejaba en un congreso internacional feminista de la imposición etnocentrista de conceptos descriptivos por parte de las colegas europeas, quienes así reproducían las prácticas colonialistas impositivas que decían criticar. De esta manera, también las palabras envejecen, se gastan, perdiendo precisión y especificidad en la función referencial y descriptiva: en este caso la fuerza que modifica el discurso es retórica y la operación producida es la *catacresis*³ (Beristáin, 1985: 86). Pero el envejecimiento de una palabra nunca es un hecho natural: es producido o inducido por acontecimientos o manipulaciones en los medios globales, o mediante el discreto uso del rumor en corrillos, cotos o vedados académicos tan propios del régimen de repartos del saber en nuestras instituciones. Éste ha sido el caso de la expresión *feminismo*, que ha sido vaciada de referencia, puesta en cuestión, vilipendiada por propios y ajenos, usándola de manera irrisoria en nombre de purezas idiomáticas y políticas. Por tal motivo, estas últimas deben ser llamadas a declarar, deben ser examinadas puesto que su exigencia de claridad no es sino un golpe efectista de sexismo, aún en vigor después de tantos

² Lo que Saussure comentaba a los asistentes a sus cursos no parece haber interesado a sus discípulos. Hoy, sin embargo, podría ser útil para legitimar una lectura crítica del libro saussuriano en función precisamente de la “naturalización” de la esfera de producción del discurso. Lévi-Strauss lo comenta en *Antropología estructural*, México, Siglo XXI Editores, 1981.

³ La *catacresis* es una figura retórica que ha dejado de serlo al perder originalidad por su uso excesivo, lo que a su vez hace olvidar su eficacia y su historia semántica. Es un *cliché*.

años de supervivencia exitosa de la crítica feminista. Según Nelly Richard (2007), crítica cultural y ensayista, la conmoción que causa la palabra *feminismo* sigue tan viva como siempre, por lo que ella suele usarla de manera discrecional para incomodar siempre que se enfrenta a un público académico conservador. La mera enunciación pública del compromiso con el feminismo se traduce de inmediato en un acto crítico contra las sensibilidades regidas por el sexismo. La crítica es, en este sentido, una actualización de la controversia o del conflicto por las interpretaciones sobre cómo son “las cosas”, es decir, sobre los referentes sociales que son puestos en cuestión por la expresión *feminismo* y el efecto poderoso del *shock* de la experiencia y la memoria (Benjamin)⁴ cuando no nos reconocemos como parte de la tradición de las exclusiones (lo peor de nuestra herencia de género, de clase, de raza, etcétera).

Debemos tomar en cuenta que, en el caso de los vocabularios a través de los cuales se genera y comunica el conocimiento, las actualizaciones del significado responden a factores internos de las propias disciplinas y su comunicación. Michel Foucault dedicó *El orden del discurso* (1970) a mostrar esos factores. Por nuestra parte, podríamos hablar de resignificación en resistencia en los intercambios coloquiales públicos, o de resignificación normada en el caso de los saberes científicos. Para la reflexión que nutre el debate político al introducir la perspectiva de género, los procesos de transformación del significado y la referencia de los léxicos son sumamente importantes. Sobre todo cuando esta reflexión asume el *examen crítico*⁵ de las implicaciones éticas y políticas de los vocabularios del disenso político, sin descontar las prácticas de desujetación de los individuos que él mismo produce, y así los ofrece al más amplio debate y a la discusión abierta. Condición

⁴ El *shock* fue trabajado por Walter Benjamin a partir de ciertas intuiciones tomadas de la traducción de las vanguardias surrealistas, de manera particularmente interesante en su presentación en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

⁵ Para acercarse al problema de la práctica crítica, a la importancia que concede a la contingencia y a la oportunidad, así como a su fuerza política desujetante, véase Foucault (1995); para los procedimientos retóricos como parte fundamental del accionar de la puesta en cuestión crítica, véase Judith Butler (2007). Además, habrá que relacionar los procedimientos de la crítica con la idea kantiana del “uso público” de la razón en *¿Qué es la Ilustración?* (Kant, 1987: 25-38).

insuperable esta última, en su calidad interdisciplinaria, del carácter público del debate, en el que se esperan razones y argumentos plurales en lugar de la resignación que produce el consenso. De hecho, la apertura resulta una condición indispensable del pensamiento ejercido colectivamente si se le entiende como una práctica que interroga sobre lo oportuno de reescribir las reglas mínimas del debate en cada ocasión para defender la pluralidad y la responsabilidad (la alteridad) que le atañe.

En efecto, la condición de apertura introduce la práctica en perpetua y contingente renovación de la transdisciplina,⁶ la cual rehace el vocabulario utilizado para el intercambio entre saberes y prácticas; por ejemplo, entre feministas de academia y activistas. Este intercambio no busca, por tanto, imponer un orden jerárquico o asimétrico entre las dos esferas y sus agentes, sino que se suscita a través de las preguntas, mediante la práctica de cuestionar las fronteras disciplinares de los saberes, fortificando opciones indóciles para el examen de conceptos, de argumentos y de debate. La primera cuestión, el *examen*, no compete únicamente al significado o connotación del léxico del debate; tampoco a la corrección de la referencia o lo adecuado del significante, como, por ejemplo, en la desperdiciada discusión sobre la pertinencia de la traducción “femicidio” sobre “feminicidio”,⁷ aunque nunca está de más

⁶ Por *transdisciplina* habría que entender una operación antes que un producto; así, más bien hablaríamos de “transdisciplinar el discurso” como una práctica que pertenece a los procedimientos de la crítica del discurso y a su genealogía inscrita en las humanidades actuales y su “incondicionalidad” de proposición y de crítica. Para *incondicionalidad* y su fuerza, y su paradójica vulnerabilidad performativa, véase *Universidad sin condición*, de Derrida. Por otra parte, para *transdisciplina*, entendida como ejercicio, véase Martínez de la Escalera, *Alteridad y exclusiones: Diccionario para el debate*, en proceso de edición. Hay además una discusión anterior (2004: 25-47).

⁷ Esta discusión comenzó cuando se tradujo, a iniciativa de Marcela Lagarde, para el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (de la Universidad Nacional Autónoma de México) el texto de Diana E. Russell y Roberta A. Harmes (2001): lo que entonces se discutía era si la traducción del neologismo *femicide* en inglés debía ser “femicidio” o “feminicidio” en español. Sin embargo, lo que el tono subido de la argumentación no dejó ver fue lo que realmente estaba en juego: la vulnerabilidad o la fuerza de los usos de la expresión y sus efectos performativos, antes que la justeza y adecuación a un supuesto referente. En realidad la referencia se produce en el acto mismo del uso en el debate; no es, desde luego, una relación natural entre palabra y mundo. Para la noción de performatividad que aquí uso puede consultarse *Cómo hacer cosas con palabras*, de J.L. Austin, así como la discusión derridiana respecto a la no adecuación entre contenido, significado y performatividad en *Limited Inc.*

establecer los elementos de una discusión, siempre que esto se haga con brevedad y puntualidad. El examen no debe ser confundido con una práctica cuyo sentido pudiera ser la interpretación de una palabra o discurso, lo que por regla general implica postular una finalidad causal de la expresión (ya sea referencial o comunicativa) y una función privilegiada del lenguaje. Brevemente diremos que el examen es un ejercicio de lectura que está atento tanto al discurso analizado filológicamente y retóricamente como a la tecnología que lo hace posible. Esta tecnología no es sólo instrumental: tiene efectos de aplicación y de sentido que son contingentes pero decisivos. Significado no debe entenderse simplemente como lo que puede predicarse de algo, es decir, como un discurso sobre un término, que en principio progresa hacia una meta o función preestablecida. Es importante recordar que distinguir la dimensión del significado de una palabra en uso y luego dotarla de existencia autónoma propia crea confusiones más que resolverlas. Una vez establecida la relación entre significado y significante su separación sólo consigue deificar la noción en cuestión, provocando excesos metafísicos. Las palabras —como el ejemplo propuesto de “feminismo”, y la discusión que ocultó los efectos pragmáticos de su uso en contextos académicos, jurídicos y del activismo— son ante todo palabras, no espejos de cosas o relaciones, sino, por encima de todo lo demás, pasajes a la acción propios del discurso. En efecto, las palabras actúan sobre los seres humanos, con ellos y mediante ellos. Se hacen cosas con palabras, cosas sociales, políticas, éticas, singulares o colectivas (Austin, 1990; Butler, 2006: 281-282, 296, 308). Son prácticas de apropiación del sentido, de las fuerzas de la contingencia y de los individuos, que de ser simples usuarios de la lengua se tornan agentes. Esto es así porque la palabra no es el elemento de una función semántica, comunicativa o referencial, o, más bien, no lo es exclusivamente: la palabra dicha, escuchada o leída sucede como un evento, como algo que tiene lugar y acarrea efectos. Es pronunciamiento, acontecimiento y acto. Se diría que tiene relación con una secuencia de procesos vinculados más o menos estrechamente por contigüidad en el tiempo y el espacio. La palabra es, después de todo, actividad, proceso de lo sensible; es la conmoción que provoca, por ejemplo, el uso de “feminismo” en un contexto conservador y reaccionario. Este proceso de lo sensible no responde

a una finalidad hermenéutica o referencial, sino a la propia fuerza de realización del discurso, de lo hablado —eficacia que Spinoza llamaba *conatus* y que Nietzsche llamó *fuerza* en *La genealogía de la moral*—. Esta fuerza es una más entre aquellas espontáneas, atacantes, asaltantes, re-interpretadoras, re-directoras y conformadoras (Nietzsche, 1983: 88). Es una fuerza resignificante, y re-significar no es introducir una causalidad en el discurso sobre el acto o nombre (acción de nombrar) que se describe; es decir, no es un sentido determinado haciendo prevalecer entre muchos significados (polisemia) uno de ellos (no necesariamente el más adecuado, en el caso de que creamos que hay adecuación entre significados y lo que es nombrado). Resignificar puede entenderse como el movimiento contrario de la *catacrexis* retórica, generadora del lugar común y del olvido de la vida de las palabras: es una de las fuerzas del *usus* analizado por Quintiliano en la *Institutio*, o de aquella dimensión de la enunciación que la retórica llama *actio*. Entendida de esta manera, la acción de resignificar parece el movimiento contrario a ubicar la palabra en su historia, en su vida de palabra: resignificar sería olvidar. Por el contrario, siempre es conveniente hacer la historia de la confusión entre acto y función del feminismo, en tanto palabra, siguiendo nuestro ejemplo analítico. No será, por lo tanto, su capacidad descriptiva, acertada, adecuada o pertinente, la que nos interese, sino las connotaciones ligadas a su uso, el régimen estético —régimen de la sensibilidad que gobierna lo que es audible y lo que no— que se la apropia, quizás incluso las intensidades deleuzianas (Deleuze y Parnet, 1980) que despierta en quien escucha. El procedimiento —acción de leer en clave feminista, como regreso de lo excluido— no ha sido inventado para cumplir el destino de una finalidad semántica, sino que se ha vinculado a ella mediante cierta fuerza, la cual vuelve invisibles su misma acción y sus efectos. Sólo una lectura histórica o genealógica muestra cómo y de qué manera *algo* se vuelve invisible o inaudible.

Volvamos al ejemplo del feminismo. *Hoy*⁸ la noción es prácticamente indefinible, no sólo a causa de una exagerada proliferación de su polisemia sino por el peso de los efectos prácticos —intimidación,

⁸ Hoy presupone la fecha de la lectura, y por lo tanto indica el espacio en el que se desarrolla, así como las fuerzas que entran en juego al leer, interpretar o decodificar la noción de feminismo y sus efectos (comenzando por la incomodidad que produce en los públicos).

puesta en entredicho, asombro, etc.— que produce en el orden del saber y fuera de él, por encima de consideraciones estrictamente semánticas o de definición. Éste es justo el momento para dedicarse no al abandono, sino a la formulación de un acercamiento genealógico. La genealogía es histórica, pero no se agota en la cronología; no trata a las palabras, al menos no a los sustantivos como *feminismo*, como cosa abstracta, como artefacto de anticuario en el discurrir inexorable y sin concesiones del tiempo. No se priva, sin embargo, del placer de tratarlas como positividad, esto es, como cosa, antes que como idea o generalidad. Le interesan las palabras en su accionar, en su proceder, el cual siempre se había considerado secundario, irrelevante o, al menos, derivado: a la genealogía le importa el trabajo de las palabras sobre los hablantes presentes y futuros. Según J.L. Austin en *How to do things with words* (1962), la genealogía trabaja a su vez sobre las palabras, que al actuar sobre los hablantes y su circunstancia los describe, los inserta; los inscribe ideológica, social y culturalmente; también sexual y políticamente. Si decimos *trabaja* es porque se trata precisamente de una labor, de un quehacer, del trabajo del genealogista (nietzscheano), que procura descubrir qué, quién y cómo se forjaron las palabras con las cuales nos describimos a nosotros mismos, para eventualmente sentar así las bases de la interpelación (por la que se realiza la subjetivación como sujetación) o la *resistencia* (la que realiza la subjetivación en la libertad y la decisión).

Entonces: ¿Cómo se forja una palabra? ¿Cómo se pone en circulación? ¿Cuál es esa economía de intercambio y apropiación de la palabra que se nos escamotea cuando somos hablantes o usuarios del lenguaje? ¿Quién es el prestidigitador que logra esto último? ¿Cuál el juego de espejos comprometido? Lo que las interrogantes destacan es el *cómo* de esta economía de la descripción. Se trata, desde luego, de procedimientos, de operaciones realizadas por agentes hablantes, tanto más anónimos cuanto más eficaces son. Diríamos que la genealogía descubre máquinas de discurso para las cuales los hablantes mismos son el resultado y no los operadores anteriores y exteriores del sentido.

En un párrafo anterior introdujimos la noción de *resistencia*. Debemos recordar que ésta es solidaria de la noción de *crítica* y ambas lo son de lo que llamaremos *práctica genealógica*. En este sentido, el examen

genealógico (Nietzsche, 1983) puede dar cuenta del pasado uso distributivo de una palabra, mientras que la crítica aspira a pasar a la acción. Los dos son recursos estratégicos imprescindibles para los ejercicios de resistencia ante la eficacia de las máquinas discursivas que dotan de sentido a nuestras experiencias. Máquinas u operaciones que constituyen aquello de lo que dicen ser prolongación o simple reproducción, como el género, la etnia, la diferencia de clases, las jerarquías, las asimetrías; en fin, las exclusiones que capitalizan las diferencias, afiliándolas a un régimen supuestamente natural e inevitablemente ahistórico de dominación. Y la capitalización, como sabemos, siempre produce excesos. Son los excesos aquello que las prácticas en resistencia evitan y tienen como función desarmar. La resistencia en el mundo de las palabras y los discursos toma la figura de la crítica feminista, que transforma, en primerísima instancia, el sentido de la noción de crítica, luego el del feminismo, en cuyo nombre opera la anterior, y después el de política, que, a su manera, subvierte los anteriores.

En esta perspectiva, las palabras de un vocabulario para el debate político en clave feminista son el enclave resistente y, a la vez, la ocasión (*kairós*) donde se entabla el conflicto de interpretaciones y donde las artes genealógicas y críticas rinden sus mejores frutos al tomar la forma de problematizaciones. Una problematización pone en relación las descripciones con las relaciones de fuerza de postulación y pronunciamiento, lo mismo que las relaciones de poder (jerarquías) que las trabajan, sin olvidar las formas de subjetividad que producen. No debe confundirse con el término *problema*, cuya función sería ir en busca de solución o de clarificación. La anterior expresión “feminista” en aquel contexto es un ejemplo preciso de cómo ha sido redescrita su polisemia mediante una problematización de carácter crítico, como un conflicto de interpretación. Todo conflicto demanda una política de la interpretación y una responsabilidad con el porvenir. Esta responsabilidad es para con las generaciones y el mundo futuros, para evitar cancelarles la posibilidad de redescrición del feminismo; una palabra molesta —incluso para las mujeres— cuya fuerza crítica aún habrá de ser explotada hasta sus últimas consecuencias. Para el conflicto interpretativo no precisamos de un vigilante que regule y administre el uso y el abuso del sentido, sino del oficio del debate público, plural y argumentado,

en el cual debe prevalecer, no obstante la intensidad de la discusión, el libre intercambio de ideas. Siendo la libertad la clave del intercambio de opiniones podemos esperar que se realice no tanto con la finalidad de llegar a un acuerdo o consenso, sino de dar curso a la pluralidad, que no a la asimetría. Llamamos política al ejercicio del debate porque organiza campañas de intervención contra la maquinaria discursiva mediática, académica o disciplinaria, contra sus apropiaciones del sentido y sus efectos de exclusión y clausura institucional. Y esta particular política es estratégica: no se opone al poder sino que hace aparecer otras intensidades, otras conmociones, otras solidaridades. Éstas tres le pertenecen por derecho propio al debate y a las comunidades que lo sostienen y lo hacen posible ante la apropiación de los escenarios del discurso, de sus órdenes, de sus formas de transmisión e intercambio, y de las jerarquías de las que se hacen acompañar: la figura del sabio y su comunidad.

¿Qué se problematiza?, o bien ¿de qué tipo de problematizaciones hablamos cuando nos referimos a la noción de feminismo? Contestemos: Problematizar es poner en relación lo diferente: la etimología con la filología de la palabra, la cronología de sus usos y abusos con su contraria, la genealogía, que muestra su relación con las prácticas de subordinación de las mujeres y sus resistencias, que relaciona también el significado crítico con la historia subordinada del significante y de esa manera pone a prueba la crítica, la historia y el debate a través de sus efectos políticos sobre la experiencia. Es también, como escribió Walter Benjamin (1980, 175-192), un modo de pasarle el cepillo a contrapelo a la historia (oficial) evidenciando que las finalidades (esto es, el progreso moral) no revelan las alturas del espíritu humano, como podría suponerse. Más bien, el verdadero espíritu humano debería buscarse en el trabajo de resistencia de innumerables generaciones de mujeres, conducido a través del dolor y la humillación por la carencia de nombre propio para sus luchas. Benjamin gustaba de reconocer positivamente la valía de este trabajo anónimo con el sustantivo, resignificado, de *barbarie*.

BIBLIOGRAFÍA

- AUSTIN, J.L. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1990.
- BENJAMIN, Walter. “Tesis de filosofía de la Historia”. En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1980.
- _____. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Itaca, 2003.
- BERISTÁIN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, 1985.
- BUTLER, Judith. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós, 2006.
- _____. “¿Qué es la crítica?” En *Los contornos del alma y los límites del cuerpo: género, corporalidad y subjetivación*, coordinado por Rodrigo Parrini Roses. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2007.
- DELEUZE, Gilles, y Claire Parnet. *Diálogos*. Valencia: Pretextos, 1980.
- DERRIDA, Jacques. *Limited Inc*. Evanston, IL: Northwestern University Press, 1988.
- _____. *Universidad sin condición*. Madrid: Trotta, 2002.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1970.
- _____. “¿Qué es la crítica?” *Revista de Filosofía-ULA* (en línea), 1995.
- KANT, Immanuel. *Filosofía de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- MARCOS, Silvia, y Marguerite Waller (eds.). *Diálogo y diferencia. Retos feministas a la globalización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2008.
- MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, Ana María. “Interdisciplina”. En *Interdisciplina. Escuela y arte*. México: Conaculta, 2004.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, 1983.

RICHARD, Nelly. *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

RUSSELL, Diana E., y Roberta A. Harmes. *Feminicidio: una perspectiva global*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

